

CINCO DESAFÍOS DEL POLITÓLOGO DESDE UNA TEORÍA DE LA VIRTUD EN EL GOBERNANTE

ÁREA TEMÁTICA

Ámbitos, compromisos, retos y desafíos del politólogo (a) frente a la sociedad y el Estado Colombiano.

AUTOR:

Iván Andrés Cadavid Guerrero

Iván Andrés Cadavid Guerrero¹

RESUMEN

Se pretende resolver de una manera metafísica, luego de la confrontación teórica de los clásicos y modernos con la realidad actual los cinco desafíos del politólogo, teniendo como presupuesto la formación del pueblo en aras de elegir buenos gobernantes, no desde una visión técnica de la política, sino desde una propuesta que pone como garantía de un buen gobierno, un gobernante ético y virtuoso, con el fin de evitar no solo un mal gobierno, sino también, las exageraciones arbitrarias por parte de quien ejerce el mando en un Estado.

PALABRAS CLAVES

¹ Candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad de Navarra; Mg. En Ciencias Políticas de la Universidad de Navarra; Abogado; Filósofo; Teólogo. Autor del libro Una orientación filosófica: Curso básico de filosofía presocrática y del Poemario: Tiempos y Nostalgias. Docente en el área de Ciencias Políticas del Programa de Derecho de la Universidad Mariana, y de Epistemología en la Universidad Cooperativa de Colombia

Estado, política, virtud, gobierno, justicia

Desafío ontológico

El primer desafío que encuentra el politólogo en la actualidad colombiana es recuperar el sentido original de la política, según la cual lo más importante es la organización del Estado o como se denominó en la antigüedad, de la polis, puesto que en la polis, es donde podía existir la vida civil, de tal modo que el habitante al adquirir este estatus civil pasaba a ser considerado como ciudadano.

La característica fundamental del Estado moderno pos westfaliano, tal como fue pensado por los precursores de la revolución francesa de 1789 es la participación del ciudadano² en la autoridad soberana³, es decir, hacer parte de la conducción de un Estado hacia sus fines, pues toda sociedad, así como todo Estado se constituye en torno a un conjunto de ideales⁴ o fines⁵. Ante tal situación y como consecuencia, hablar de Estado es referirse a una comunidad de intereses y haberes.

Sin embargo, cuando no estamos frente al Estado, no se configura el poder político, sino el poder personal o real, ante lo cual la garantía de la ciudadanía como un ejercicio de construcción del Estado y de plena participación civil, lo que se puede traducir como

² Es ciudadano aquel que puede participar activamente en la conducción de una sociedad hacia sus fines, *ver*, ROUSSEAU Jean Jacques. *El contrato social*. Edit. Altaya, Barcelona, 1993. P. 16

³ Se entiende la soberanía como el ejercicio de un Estado, es decir, como la participación efectiva del soberano en la consecución de los fines para los cuales ese Estado fue creado. *Ver*. *Ibíd.* P. 16

⁴ ARISTÓTELES. *Política*. Edit. Gredos, Barcelona 1977. P. 11

⁵ Pues tal como refiere Aristóteles “el bien del individuo es el mismo que el de la ciudad”, de tal manera que la constitución de una sociedad es la conjugación de los intereses particulares con los intereses del bien común. *Ver*, ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*. Edit. Planeta, Barcelona 1999. P 1

participación política, se pierde para ser encarnada por un sujeto o un grupo de sujetos que exclusivamente gozarían de ese beneficio y por ende de la política. Lo más peligroso de este asunto como se puede deducir, es que la política sería simplemente tarea de unos pocos, y el politólogo no pasaría a ser más que un asesor o “sirviente” de esos pocos.

Pero si de lo que hablamos es de Estado en su sentido más puro y refinado, sí es posible hablar de poder político en virtud del principio de legalidad que al tenor aristotélico se da cuando el mismo sujeto es alternativamente gobernante y gobernado.

Así las cosas, el gobernante se presenta como un ciudadano más que a diferencia del resto, a ejercido el mando, pero que por hacer parte de esa comunidad también ha puesto allí sus intereses, por lo cual se hace imprescindible preguntarse cómo puede administrar recta, equitativamente y en forma justa la comunidad de intereses que unen a una sociedad si como lo plantea Aristóteles el que manda no es temperante y justo.

Por tanto se hace necesaria una teoría de gobierno donde imperé la virtud, y el gobernante sea virtuoso.

Desafío pedagógico

El segundo desafío que encuentra el politólogo es el pedagógico, pues una teoría de gobierno tendiente a perfilar un tipo de gobernante como aquí se plantea, ejerce su primer efecto y más fructífero, no en el gobernante mismo, sino en los gobernados, que en un Estado democrático son sin más, sus electores.

Este desafío corresponde a la academia exclusivamente, como un principio endilgable a los pensadores de la ciencia política, bajo la condición teleológica y fundante de la academia de no callar ante las arremetidas sociales y los descreimientos reiterados de

quienes masivamente afirman que no es posible abarcar con la teoría, por más epistémica que sea, la realidad social.

Sin embargo, una verdadera pedagogía política no tiene nada que ver con la explicación de lo constituido mediante el ejercicio decisivo de la política y plasmado en la constitución, sino que tiene que ver, con la profundización y comparación de la teoría política con la realidad nacional histórica y actual. Pero ni siquiera con esto sería suficiente, pues la pedagogía tiene, para cumplir con su objeto, que es comprometerse, a exponer por lo menos, una propuesta para salir del atolladero, de la aporía donde se encuentra el pensador y su realidad.

De este modo, y siendo consecuente con el primer desafío ya expuesto, una pedagogía efectiva y coherente con el peligro que los abusos en la soberanía y el mando puede ejecutar el gobernante, debe radicar fundamentalmente en garantizar, no la calidad del sistema como tal, sino del que encarna el sistema para dirigir esa comunidad, y al cual materialmente lo asiste la facultad para exagerarse y abusar de su poder, o sea, del gobernante.

Desafío ético

Por eso, el tercer desafío del politólogo es buscar un planteamiento que tienda a garantizar la calidad del gobernante. Ese planteamiento es, sin duda, la virtud como requisito fundamental del gobernante.

La virtud para el gobernante es la misma que para el gobernado, excepto por la responsabilidad que atañe a cada uno⁶ o, de acuerdo al objeto al que se dirigen⁷. Por esto

⁶ Al respecto puede considerarse la responsabilidad del gobernante de guiar a su comunidad en la adquisición de buenos hábitos. "los legisladores hacen buenos a los ciudadanos haciéndoles adquirir buenos hábitos". Ver. ARISTÓTELES, *Ética Nicomaquea*. Óp. Cit. P. 19

⁷ PALACIOS Leopoldo Eulogio. *La prudencia política*. Edit. Gredos, Madrid 1978. P. 23

el gobernante forma su carácter del mismo modo que el gobernado, es decir, mediante la práctica de los hábitos.

Se denominan hábitos porque su formación en el hombre se da como explicaban los griegos al referirse a la *exis*, al adquirir una disposición permanente y luego poseerla⁸.

La adquisición de hábitos en el hombre es el producto de acciones reiteradas en el tiempo, pues ninguna de las virtudes éticas se produce en nosotros por naturaleza, ya que ninguna cosa natural se modifica por costumbre⁹. Los hábitos hacen al hombre virtuoso. La virtud es una forma de acertar en las elecciones en medio de la inseguridad de la vida, por lo que se debe considerar el postulado aristotélico de que se puede errar de muchas maneras, pero acertar solo de una¹⁰. De este modo, se puede perfectamente estar de acuerdo con Pitágoras cuando dice que el hombre tiene medida.

Para encontrar la medida en las elecciones de la vida y actuar conforme a la virtud, el gobernante o gobernado y el hombre en general, requiere de la prudencia o *frónesis*, que es una cualidad de la razón práctica,¹¹ por medio de la cual el hombre elige bien. La medida se encuentra siempre entre dos extremos que son vicios, uno por defecto y el otro por exceso. Sin embargo, la dificultad de encontrar la medida es porque ella no es objetiva, quiero decir, no es definida por el objeto, sino por el hombre que realiza la acción. Por estar esta medida en medio de dos extremos Aristóteles la llama término medio¹².

⁸ Aristóteles dice que "los hombres por los hábitos se vuelven unos mansos y trabajadores y otros iracundos y licenciosos". Ver. ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*. Óp. Cit. P. 20

⁹ *Ibíd.* P. 19

¹⁰ *Ibíd.* P. 26

¹¹ PALACIOS Leopoldo Eulogio. Óp. Cit. P. 11

¹² "Es por tanto la virtud un hábito selectivo que consiste en un término medio relativo a nosotros, determinado por la razón y por aquella por la cual decidirá el hombre prudente". Ver. ARISTÓTELES. *Ética Nicomaquea*. Óp. Cit. P. 26

Encontrar la medida, o sea el término medio, y elegirlo es lo justo, pues la justicia es la medida del bien o de la virtud, y de allí que el término medio es tal cual es la recta razón que debe acompañar siempre a un buen gobernante, por lo que la misión del politólogo además de enseñar a construir una teoría social de la virtud en el individuo, debe adquirir un compromiso.

Desafío deontológico

El cuarto desafío del politólogo es por eso, adquirir el compromiso que todo intelectual debe adquirir en Latinoamérica y que según la distinción de Sartre es diferente al compromiso del intelectual en Europa, donde basta con pensar en la razón especulativa. A contrario sensu, en nuestros países latinoamericanos se hace indispensable el pensamiento político como permeabilizante de toda la sociedad, pues no tiene justificación una teoría social que no responda a los problemas de la vida.

El compromiso adquirido por el politólogo en América Latina puede ser de dos maneras, por una parte mediante la orientación de la sociedad, parodiando a Nietzsche, diríamos, una flecha a la vera del camino. Pero por otro lado puede también su compromiso ser activo en el ejercicio del gobierno.

Cualquiera de los dos compromisos que el politólogo elija, debe ser consecuente siempre con un fin, que equivale al deber ser de su Estado, pues nada hay más desalentador para un pueblo, y desmoralizante, que una teoría de mejoramiento social basada en medios y no en fines, ya que el medio no ofrece por si mismo ningún horizonte, y un pueblo que no posee un proyecto de vida en común, un aliciente común y futuro para dirigir todas sus batallas cotidianas, es un pueblo que no encuentra razón para seguir unido, y por tanto cualquier fragilidad mezquina será capaz de romperlo.

Desafío teleológico y metodológico

El quinto desafío del politólogo, entonces, es proponer un fin y enseñar los medios para alcanzarlo. Para proponerlo requiere ser un epistemólogo de la realidad que le circunscribe, y un teórico fuerte de la teoría política, de modo que pueda confrontar constantemente y en medio de las contingencias rutinarias los cauces del Estado.

Sin embargo, no puede haber una teoría política, ni una propuesta de fines y medios que se aleje de la vida misma, pues el vivir es el objeto único consistente de la vida. Vivir es el acto por el cual nos ocupamos de las cosas y de nosotros mismos, de modo que una teoría cuyo fin se aleje de la vida misma para garantizar la subsistencia y el mejoramiento de las instituciones es un atentado postmoderno a la condición humana y a la lógica fundamental.

BIBLIOGRAFIA

Aristóteles. *Política*. Editorial Gredos, Barcelona. 1977

Aristóteles. *Ética Nicomaquea*. Editorial Planeta, Barcelona. 1999

Palacios, Leopoldo Eulogio. *La prudencia política*. Editorial Gredos, Madrid. 1978

Rousseau, Jean Jacques. *El contrato social*. Editorial Altaya, Barcelona. 1993